

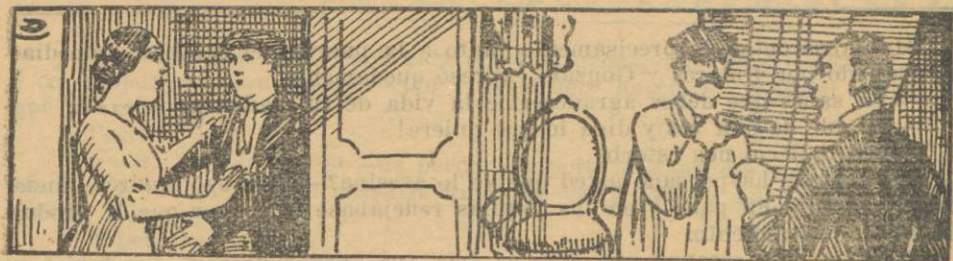
AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA

BAJO LAS GARRAS

DEL DESPOTISMO





CAPITULO V

AMOR DE MADRE

I: EL SOBORNO.—II: PACTO DE TRAICION.—III: UNA MANO AMIGA.
IV: EL CAZADOR CAZADO.

I

EL SOBORNO

Tan sólo un amor filial tan hondo, tan absoluto, como el que Andrés profesaba a Dolores, la infeliz anciana a quien debía el ser, podía explicar aquella traición, aquel instante de renunciación a la lealtad y al espíritu de noble compañerismo que hubo de alentarle hasta el momento trágico en que tuvo por seguro el martirio de la pobre vieja. Entonces fué cobarde. De su conciencia borrarónse todos los deberes y un solo pensamiento le obsesionó. Salvar a la prisionera a cambio de un sacrificio moral horrible.

Arrastrado a semejante apostasía cedió y al ceder de su garganta escapóse el grito de misericordia que había de venderle.

Gonzalo esperaba este momento para la realización de su trama rastreada y cobarde y ya vimos cómo inmediatamente apareció en la puerta del húmedo y obscuro calabozo.

—¿Al fin te decides?

—¡Quiero salvar a mi madre a toda costa!

—Nada más sencillo si te prestas a obedecer mis órdenes.

—¡Antes de nada la libertad de la vieja!

—Hablemos antes algunas palabras.

—Aquí no. Ni podría escucharle y menos responderle. Este ambiente me ahoga.

Gonzalo y tras él Andrés, atravesaron el umbral de la celda. El duquesito anduvo muy pocos pasos y sin salir del obscuro corredor donde se hallaban, quiso dar al obrero sus criminales instrucciones.

No quiso seguir más adelante. Sabía que la República estaba proclamada de hecho y de derecho y no estaba seguro de que su poder dentro de la delegación fuera tan firme y decisivo como dos horas antes.

—¿Por qué no salimos dondequiera podamos vernos la cara?—interrogó el obrero.

—No. Bien estamos aquí. Nadie debe escucharnos y en ocasiones hasta las paredes oyen.

Habíanse detenido precisamente junto a la puerta del calabozo inmediato, ocupado por Dolores y Gonzalo expresó quedamente:

—Ya sabes que debes agradecerme la vida de tu madre.

—¡Hable de una vez y diga lo que quiere!

—Pedro Recio nos estorba.

—¿Y acaso ha pensado usted que yo lo asesine?—interrogó Andrés, mientras retrocedía un paso y en sus pupilas reflejábase el horror que le producía aquel pensamiento.

Gonzalo dejó escapar una sonrisa fría que apenas despegó sus labios y respondió:

—No. No es preciso tanto. Para darte una prueba de mi generosidad no quiero exigirte semejeane cosa.

—Entonces... ¿qué quiere?

—Que busques a Recio y que le lleves a la calle del Clavel, número... donde está su novia.

—Cuando usted quiere llevarlo allí no será para nada bueno.

—Te mando y tu misión es obedecerme, pero no pedirme explicaciones.

Andrés dejó escapar una triste sonrisa de vencido, de resignado ante la fatalidad de una circunstancia invencible y exclamó:

—¿Es eso?... ¡Nada más que eso lo que usted quiere?

—Bien sencillo para lo que te doy en cambio.

—¿Y luego?... ¿Qué ha de ser de mí cuando la traición esté consumada?

—Eso... ya no es cuenta mía.

—No, señor duque, no. He dicho que le serviré por salvar la vida de mi madre, pero... si yo he de morir por traidor en manos de los míos, ¿qué más da morir ahora?... Por lo menos tendré la tranquilidad de no haber traicionado a un compañero leal y noble que se juega la vida por redimirnos a todos.

—¡Decidme, pues!...—exclamó Gonzalo, queriendo reprimir su nerviosidad—. Tu madre todavía está encerrada y tú si resistes, si te niegas a obedecerme, volverás inmediatamente al calabozo.

—¡Es usted un canalla!

Y al pronunciar la frase, Andrés alzó las manos para ceñir con ellas la garganta del aristócrata, pero Gonzalo retrocedió rápido, mientras llevaba a sus labios un pequeño silbato.

Aquella señal era el martirio y la muerte para la vieja encarceada. Andrés no sabía que acaso el poder del joven duquesito era tan limitado, ya que sus amenazas no podrían cumplirse.

Del bolsillo interior de la levita extrajo una pequeña bolsa que ofreció al obrero.

—Obedéceme—le dijo—. Este dinero te servirá para salir de Madrid, acompañado por tu madre, tan pronto Pedro Recio haya caído en mis manos.

—¡No! Ha de ser antes. ¡Ahora!

II

PACTO DE TRAICION

Las circunstancias no le dieron tiempo al aristócrata ni para conceder ni para negar la petición del obrero. El polizonte encargado de los calabozos situados en delegación apareció en el fondo del pasillo y, disimuladamente, hizo una seña a lheredero para que se le acercara.

—La delegación está amenazada por las turbas, don Gonzalo. El delegado y os compañeros han desaparecido y usted debe hacer lo propio si no quiere que le arrastren.

—Pero...

—Nada. No hay tiempo que perder. Impera la anarquía en las calles de Madrid y yo he pensado avisarle antes de salir. Ahora haga usted lo que quiera.

—Espera un instante.

—¡No puede ser!

—Sólo un momento. Abrele el calabozo a esa vieja y luego saldremos inmediatamente.

—Si no es más que eso...

El diálogo se había desarrollado tan quedamente que Andrés no pudo adivinar lo que el esbirro y el aristócrata hablaron. Satisfecho vió como el primero acercóse al calabozo ocupado por Dolores y que la pobre anciana precipitábase en sus brazos, estrechándole convulsivamente.

—Andrés... ¡Hijo mío!

—Por fin, madre, por fin.

—Vamos. No estemos aquí un momento más.

—No, márchese usted sola.

—Tú vendrás conmigo.

—No puedo, madre, no puedo. Márchese. Dentro de una hora iré a buscarla y saldremos de Madrid para siempre.

—No, Andrés, no saldremos. Tú harás caso de tu madre, no me dejarás soa y expuesta a tantos peligros. Ven, ven conmigo y deja que los demás se arreglen como puedan.

—Le digo a usted que no es posible.

Intervino Gonzalo en aquel momento, acercándose al grupo formado por Dolores y Andrés.

—¡Hay que terminar! Usted, buena mujer, salga de aquí sin perder un instante. Ya le dijo Andrés que iría a buscarla.

Dolores, cuajado el rostro de un gesto indefinible en que tanto podía leerse el dolor como el desdén, exclamó:

—¿Y usted quién es para mandarme? ¿Qué autoridad tiene para separarme de mi hijo?

—La misma que he tenido para salvarle la vida hace pocos minutos.

Dolores dejó subir a sus labios una risa irónica y replicó:

—¡Los nobles son ustedes muy generosos! ¡Tan generosos que todo lo compran con dinero, hasta la sangre y la vergüenza de los pobres!

Gonzalo dibujó en su rostro un gesto de impaciencia y Andrés, tomando a Dolores por los brazos, exclamó apremiante, nervioso:

—Márchese, madre, márchese. ¡Por favor!... Le juro que muy pronto iré a buscarla.

La vieja debió encontrar súbita solución a su inquietud, porque retrocedió unos pasos y exclamó levemente, sin una lágrima:

—¡Ya me voy! Quizás sea yo la que te encuentre antes que tú me busques.

Ni Gonzalo ni Andrés, abstraídos en sus preocupaciones, dieron importancia a tales palabras.

Dolores descendió apresurada por la estrecha escalera de la delegación y un instante después había desaparecido.

Pasados tres minutos, tiempo que Gonzalo consideró preciso para que Do-

lores y Andrés no pudieran encontrarse, el obrero salió también para cumplir el pacto de traición.

Entonces, de las sombras, de las tinieblas del corredor surgió la figura servilmente inclinada de Tomás, puesto por su amo, el padre Amador, a las órdenes del aristócrata.

—¿Ya se fué?—preguntó el tétrico sacristán!

—¡Pronto! Sal inmediatamente antes de que puedas perderlo de vista.

—¡En seguida!

—Si no cumple lo prometido, avísame.

—¿Dónde?... ¿Aquí?

—De ningún modo. Este lugar es demasiado peligroso.

—¿Entonces en la calle del Clavel?

—Justo. ¡Mucha vista y no pierdas el tiempo!

Tomás, inclinado, casi a rastras, semejando su figura la de un reptil, confundióse a poco, desapareciendo en las sombras de la escalera. Tras él descendió Gonzalo que, rápido, temiendo un mal encuentro saltó sobre un coche de plaza hízose conducir a la calle del Clavel.

Entre tanto, Andrés, en plena calle, se detuvo. Buscó ansiosamente a Dolores, pero no pudo descubrirla. Vaciló entonces algunos segundos.

—Estoy en libertad—imaginaba—. Es decir, que nadie me obliga a cometer una traición, que puedo arrepentirme, retroceder, pero... Recio ignora dónde está Carmen, no sabe que la pobre muchacha ha caído en las uñas del lobo, que acaso ha sido deshonrada ya por ese sinvergüenza... Y aunque así suceda... Pedro debe rescatarla... ¡Si la obligaron!... ¡Ea! ¡Debo buscar a mi compañero, no para traicionarle, sino para ayudarle!

Minutos más tarde llegaba, después de algunas pesquisas inútiles, a la pobre habitación de la calle de Toledo y, como vimos, tan oportunamente, que pudo evitar la muerte de la señora Rita, cuya garganta estaba sujeta por las manos de Pedro Recio, trémulas por la rabia.

Dos minutos más tarde Pedro y Andrés caminaban apresurados.

—Pero... ¿es verdad?—interrogaba regocijado Recio—. ¿Tú sabes dónde está Carmen?

—Lo sé y tú lo sabrás también dentro de pocos minutos, ahora que, para rescatarla, puede ser que tengamos que jugarlos el pellejo.

—Po rella todo. La vida me parece poco para salvarla.

—¡Cuenta con la mía también por si te hace falta!

Pedro Recio, emocionado ante aquel ofrecimiento, estrechó la mano de su compañero sin adivinar que aquella mano que estrechaba, que aquellas pupilas cuajadas en perfecta serenidad, habían estado a punto de traicionarlo.

III

UNA MANO AMIGA

Andrés, a partir del momento en que abandonó la delegación, perdió más de dos horas antes de llegar a la calle de Toledo. No sabía dónde Recio podría encontrarse.

Más de una se le fué insensiblemente, parado en algunas esquinas, oteando las calles por si podía descubrir a su compañero. Todo resultaba inútil. A Recio parecía que se lo había tragado la tierra.

Por último y cuando ya no le quedaba más recurso que acudir al club, recurso que había rechazado, ya que sabía que perdería el tiempo si se lanzaba a ponerlo en práctica, descubrió a varios compañeros de trabajo y de doctrinas. No quería detenerlos para que no le arrastraran, pero estaba verdaderamente desorientado y necesitaba preguntarles por Recio. Acaso en aquella pregunta estaba la solución.

Por último resolvió acercarse a los que muy cerca de él pasaban.

—¡Andrés!—exclamaron algunas voces al descubrirle.

—¡Esperad!

—¿Dónde te nestes? Dijeron que los civiles te habían tumbado.

—Ya ves que no es verdad. Las balas me conocen y todavía me queda mucha vida.

—No podíamos creer que te habías retirado por miedo.

—¿Quién pudo pensar semejante cosa?—interrogó severamente Andrés al que, a pesar de sus preocupaciones, habíanle dolido aquellas palabras.

—Ya te dije que nadie lo ha supuesto—le respondieron.

—¡Una y mil vidas las hubiese dado por la derrota de esos canallas!

En la frase había una rabia profunda. Toda la rabia y todo el dolor que le inspiraba el recuerdo del calabozo y del cinismo de Gonzalo. A buen seguro que toda la indignación que le había producido la pequeña duda expresada acerca de su lealtad la hubiese traducido Andrés en aquellos instantes en rabiosa presión de sus manos sobre la garganta del heredero.

Trabajo le costó recobrar la serenidad perdida. Sus pupilas debieron delatarle, porque algunos de los compañeros que le contemplaban exclamó, tras una carcajada:

—¡Anda éste! ¿Pero qué te pasa?

—Nada...

—¡Vamos! No te ofendas, que no ha sido para tanto.

—No hay ofensa. Solamente quiero que me digáis si habéis visto a Pedro Recio.

—¡No!

—Pues entonces nada más... ¡Adiós!

—¡Atiza! Pero... ¿Adónde vas?

—A buscarlo.

—¡Vamos! Pues sí que te da fuerte; déjalo que ya parecerá. Además debes venir al club con nosotros.

—¿Para qué? No creo que me necesitéis para nada.

—A nadie necesitan allí y todos hacemos falta. El triunfo hay que celebrarlo.

—Os digo que tengo prisa y que necesito marcharme.

—¡Bueno!... Pues nos acompañas allá. Te bebas una copa con nosotros y luego te vas donde te dé la gana.

—¡Eso es!—añadió otro de los reunidos—. Y si así no lo haces, diremos que todo tu compañerismo es de papel de estraza.

—¿Lo dices de veras?—exclamó Andrés.

—Y tan de veras. Cuando los que han dado el pecho a las balas combatiendo contigo te invitan a una copa no debes despreciarla, aunque te espere el zar de Rusia.

Andrés comprendió que no podía retroceder. Resignóse al sacrificio que las circunstancias le imponían y siguió a sus compañeros, mezclándose en el regocijado grupo.

Bebió algunas copas nerviosamente y, por fin, una hora más tarde... Si hubiese estado allí dos minutos más, Dolores y Andrés se hubieran encontrado, pero no sucedió así.

Escasamente habían pasado cinco minutos después de su salida, cuando la infeliz anciana que, todavía encerrada en el calabozo de la delegación había escuchado el diálogo sostenido por su hijo con Gonzalo de Togores, llegó a la puerta del club, y sin atreverse a penetrar en la sala, ocupada por una multitud enardecida, preguntó por Severino.

Temía no encontrarle. El viejo obrero, todavía fuerte y resuelto, significaba toda su esperanza.

Anhelante esperó, hundiendo la mirada inquieta de sus pupilas grises en el pesado ambiente de la sala.

Súbitamente apareció Severino, clavó su mirada en el rostro pálido de la vieja y exclamó alarmado:

—¿A qué vienes, Dolores? ¿Le ha sucedido algo a tu hijo?

—No, Severino, nada... pero es preciso que me ayudes a salvarlo.

—¡Pero si acaba de marcharse de aquí! Vino buscando a Pedro Recio.

—¿No lo encontré?

—No.

El llanto saltó, convulsivo, a las pupilas grises y las manos casi esqueléticas cubrieron el arrugado rostro.

—¡Bueno! ¡Si te parece—exclamó Severino—perderemos el tiempo con lágrimas inútiles! ¡Habla de una vez y di lo que sucede!

Dolores relató brevemente, interrumpida por los hipos de su angustia, cuanto había ocurrido en la delegación y además el diálogo sostenido entre Andrés y Gonzalo de Togores.

Cuando terminó Severino quedó pensativo un instante y alzando después el severo rostro, preguntó:

—¿Y tú crees que tu hijo será capaz de una traición semejante?

—¡No!... ¡No lo creo!... Pero si va con Pedro a la calle del Clavel lo matarán y es preciso... que tú me ayudes a salvarlo... ¡Pobre de mí!... Yo no tengo energías, yo no puedo...

—¡Bueno! Calla y no llores más, que nos están mirando.

—Pero... ¿vendrás conmigo?... ¡No podemos perder un minuto!...

—¡Maldita gentuza! ¡Mientras no se corten muchas cabezas esto no tendrá remedio!

Y uegó, dirigiéndose a Dolores, Severino añadió:

—¿Tú sabes la casa?

—Sí. Lo escuché todo, ¡todo!

—Pues, espérate... pero no llares la atención.

Dos minutos más tarde, Severino, acompañado por Dolores y dos obreros de los más resueltos, salían hacia la calle del Clavel.

Hacia el mismo lugar dirigíanse, callados, reprimiendo su nerviosidad, Andrés y Pedro.

Tomás, fiel a las órdenes recibidas, seguía a los dos hombres, ocultándose rápido en un portal cuando temía ser descubierto, avanzando pegado a las fachadas de los edificios. El sacristanesco personaje pensaba que todo marchaba como sobre ruedas. No podía adivinar que la resuelta intervención de Dolores podría complicar el asunto de un modo bastante desagradable para Gonzalo.

IV

EL CAZADOR CAZADO

Ya en la calle del Clavel y algunos metros antes de llegar al edificio a donde se dirigían, Dolores, sin despegar los labios, señaló a Severino el estrecho portal de la casa donde Carmen estaba secuestrada.

—¿Estás segura?—interrogó el obrero.

—Sí... ¿Vas a entrar?

—Entraremos los tres. Tú te aguardas aquí hasta que te avisemos. Si ves venir a tu hijo con Pedro, no les dejes pasar. ¡Este asunto es cosa nuestra!

Los tres obreros pegáronse al muro del edificio y así avanzaron hasta llegar al portal.

Cuando lo consiguieron, rápidos, dispuestos a caer sobre quien espiera, atravesaron el umbral de la casa y, un segundo después, los dos hombres del padre Amador encargados de consumar el asesinato de Pedro Recio se desplomaban en la sombra del oscuro pasillo. Una nube de puñetazos les había aturcido sin darles tiempo a la defensa.

El silencio volvió a reinar en el corredor y Severino, que guardaba entre sus manos una de las pistolas destinadas, momentos antes, a cometer el crimen, ordenó a sus compañeros:

—Tú, Samuel, quédate aquí en el portal. ¿Tienes armas?

—La pistola que he conseguido quitarle a ese bandido.

—Pues ojo, y al primer bulto sospechoso le atizas sin compasión. Esta y yo vamos arriba.

Dolores habíase acercado al portal.

—¿Han pasado?—le preguntó a Samuel.

—Ya lo creo. Les cogimos en la ratonera.

—¿Entonces... ya no hay peligro?

—¡Ninguno!

—¡Gracias, Dios mío!

—Calle usted, que ahora vendrá lo más interesante. El caso es echarle mano al pájaro más gordo.

Entre tanto, Severino había llegado al piso superior de la casa y tiró nervioso del cordón de la campanilla, mientras decía al obrero que le acompañaba:

—Vigila en la escalera por si acaso. Yo saldré pronto.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, cuando se abrió la puerta del piso y en el umbral del cuarto apareció Gonzalo de Togores.

Esperaba el aristócrata hallarse con el padre Amador o con Tomás y profunda fué su sorpresa cuando sus pupilas chocaron con el rostro inclemente y amenazador de Severino.

El aristócrata, instintivamente, retrocedió unos pasos y aquel instante fué aprovechado por el obrero para penetrar rápido en la estancia, cerrando luego la puerta y guardando la llave.

Gonzalo no había conseguido salir de su sorpresa, cuando vió que Severino avanzaba hacia él apuntándole al pecho con el cañón de la pistola.

El heredero del duque de Albaida estaba palidísimo y Severino exclamó

—Siento haber asustado a su señoría, pero debe consolarse porque no ha sido el primero en recibir la sorpresa.

—¿Qué?

—Antes han caído los dos asesinos que su merced tenía dispuesto y ahora antes que Pedro Recio llegue a esta casa vamos a entendernos nosotros.

—¡Esto es una traición!

—¡Canalla! ¿Eres tú el que hablas de traiciones?

—¡Gritaré!

—¡Así eres de valiente! No te valdrá porque si lo intentas, juro que te parto el corazón de un balazo... Ahora vamos a entendernos porque no me gusta perder el tiempo inútilmente. Dime dónde tienes a Carmen.

—¡Carmen no está aquí!

—¡Pronto si no quieres morir, mamarracho! ¡Andando!

Severino acercó más a pistola al rostro de Gonzalo y éste, a punto de desplomarse, avanzó difícilmente hacia la puerta del dormitorio, donde Carmen estaba secuestrada.

—¡Venga! ¡La llave!

Gonzalo no pudo resistirse. Obedecía cuando, súbitamente, resonaron unos golpes rápidos, nerviosos, apremiantes, en la puerta del cuarto.

Severino, sin dejar de amenazar al heredero, preguntó:

—¡Quién va!

—Soy yo, señor Severino.

—¡Pedro! ¡No podías llegar más oportunamente.

Arrancó el obrero la llave de manos de Gonzalo y sin perderle de vista abrió la puerta de entrada.

La figura esbelta, resuelta y agresiva de Pedro Recio apareció en el umbral.

—¡Adelante!--exclamó Severino.

—¡Usted!

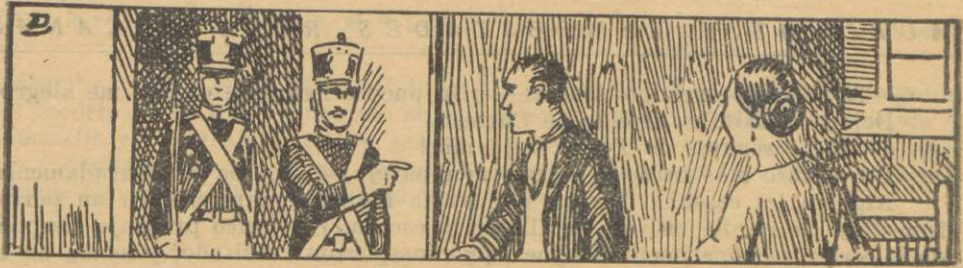
—Yo, que conversaba con este sinvergüenza. Toma; esta es la llave de ese cuarto, donde Carmen está encerrada. Sálvala tú mismo.

Recio no se hizo repetir la orden. Descorrió el cerrojo y entonces escuchóse un grito de profunda sorpresa y de alegría infinita.

—¡Pedro!--exclamó Carmen, precipitándose en los brazos del obrero.

—¡Carmen de mi alma!

Y ante los ojos aterrados de Gonzalo, los dos enamorados estrecháronse en fuerte abrazo mientras Severino sonreía satisfecho.



CAPITULO VI

ALTA TRAIACION

I: UN ESPIA APROVECHADO.—II: HUMILDE AMOR.—III: EL EMISARIO.
IV: EL HOMBRE NECESARIO.

I

UN ESPIA APROVECHADO

Deshecha la impulsiva caricia Pedro Recio volvió su rostro hacia el aristócrata.

El obrero acababa de descubrir en las muñecas de Carmen las huellas de la terrible lucha que horas antes había sufrido la muchacha para defenderse de los deseos libidinosos de Gonzalo.

Sin soltar una de las manos de la enamorada Pedro avanzó hacia el heredero y señalando a la carne atormentada de su novia, exclamó:

—¿Tú no sabes, canalla, que esto se paga con la vida?

—Sé que estoy cercado de criminales. Para eso ha triunfado la revolución.

—¡Ladrón!—exclamó Recio, alzando el brazo derecho para cruzar el pálido rostro del aristócrata.

No pudo conseguirlo, porque Severino detuvo el justiciero golpe.

—¡Delante de mujeres no se deben hacer esas cosas!

—¡Necesito su vida, señor Severino!

—¿“Pa” qué? ¿Querías a Carmen y ya la tienes!... Pues sal con ella y déjame, que yo acabe de hablar con este caballero.

—¡Usted no puede prohibirme!...

—Yo te mando que salgas de aquí y que te alejes de esta casa sin perder un segundo.

—¡Más tarde!...

—Más tarde ya nos veremos. Ante todo lleva a esa mujer donde esté segura.

Pedro Recio clavó sus pupilas en Gonzalo y exclamó:

—Conste que nos veremos.

El heredero no despegó los labios y Recio, enlazando a Carmen por la cintura, salió de la estancia.

Ya en la escalera y mientras Severino cerraba de golpe la puerta del piso, Samuel, Andrés y Dolores rodeaban a los dos enamorados.

—Te felicito—exclamó Andrés—. ¡No puedes figurarte cuánto me alegro! Dolores musitaba al oído de Carmen:

—¡No te separes de Pedro, hija mía!

Un minuto más tarde la enamorada pareja se alejaba apresuradamente.

Alguien les espía. Tomás, que había logrado guarecerse en un portal inmediato no perdió un solo detalle de la escena. El tétrico personaje, después de la sorpresa experimentada por aquel inesperado resultado, pensaba en la suerte que Gonzalo de Togores hubiese podido correr.

—Muy comprometido debió verse—imaginaba—para soltar la presa... Acaso le han metido una bala en la frente. ¡Esta gentruza!

Mientras reflexionaba, un nuevo pensamiento inquietaba su espíritu. Pedro Recio iba alejándose y Tomás comprendía que su deber no era otro que seguir sus pasos.

—Será un servicio que el duquesito, si no lo han liquidado, me agradecerá espléndidamente. ¡Hay que aprovechar la ocasión!

Ya se disponía a continuar su espionaje, cuando escuchó a dos hombres que dialogaban en el próximo portal.

Cautelosamente asomó la cabeza y descubrió a Severino y al obrero que le acompañaba. El viejo expresaba regocijado:

—¿Para qué habíamos de matarle? ¿Mancharnos las manos? No. No hace falta. Está bien encerrado y no tiene por donde escaparse. ¡Que se muera de hambre y de rabia! El duquesito, desde hoy ha desaparecido del mundo de los vivos.

—¡No está mal!

—Ahora, silencio... De lo que has visto ni media palabra.

—¡Vamos! ¡No es menester que me lo digas!

Los dos obreros alejábanse en dirección al club y Tomás, que había escuchado atentamente, salió casi rastreando de su escondrijo, mientras una leve sonrisa aparecía en sus labios color de cirio.

Corrió después para ganar el tiempo perdido.

Buen sabueso olfateaba la caza y, por fin, escapó de sus labios un profundo suspiro de satisfacción. De lejos acababa de descubrir a Carmen y a Pedro Recio, que apresurados, caminaban hacia la cabecera del Rastro.

Cautelosamente avanzó el tétrico personaje hasta situarse muy cerca de sus perseguidos. Quería escuchar lo que hablaran, pero fracasó el propósito. Carmen y Recio caminaban silenciosos avanzando a la mayor velocidad posible y, por último, detuviéronse junto a una pobre casa y, hundiéndose en el obscuro portal, ascendieron por la empinada escalera hasta llegar a la bohardilla.

Aquel era el pobre cuarto del valeroso albañil, cuyo único amor, cuyo único afecto sobre la tierra residía en la mujer que Gonzalo de Togores había querido robarle.

No podía suponer Recio que un cómplice del rastrero aristócrata espía todos sus movimientos. Hundió la llave en la cerradura e hizo pasar a Carmen. Tras ella desapareció Pedro y la llave rechinó de nuevo en la cerradura.

Aquel era e instante esperado por Tomás aquel cautelosamente, sin producir el más leve ruido, consiguió llevar su espionaje hasta el fin que deseaba.

Nada había podido escuchar, pero consolábase imaginando:

—Ya sé la guarida y ahora realizaré algo más importante y más provechoso.

De uno de sus profundos bolsillos extrajo un trozo de cera y hundiólo,

resuelto y cauteloso, en la cerradura. Un momento después había conseguido el modelo de la llave. Envolvió en un trozo de papel la substancia sólida y amarilla y procurando que sus pasos no le delataran, descendió escalera abajo y dos minutos más tarde regresaba apresurado hacia la calle del Clavel, donde Gonzalo de Togoies estaba prisionero.

II

HUMILDE AMOR

Cuando Pedro Recio cerró la puerta de su pobre cuarto, dejando escapar un suspiro de honda satisfacción, llevó sus pupilas a Carmen que, jadeante por la emoción sufrida y ruborosa ante las circunstancias de aquellos minutos tan insospechados, habíase detenido en el centro de la estancia.

El obrero acercóse lentamente a la enamorada y entre sus manos sujetó el cuerpo jarifo y deseado.

—Ya estás conmigo... Conmigo para siempre, sin que haya fuerza en la tierra capaz de arrancarte de mis brazos.

—¡Suéltame, Pedro! ¡Suéltame!

Y al pronunciar estas palabras Carmen retrocedió a tiempo que unas lágrimas saltaban a sus pupilas.

—¿Por qué huyes? ¿No me quieres?

—¡Con toda mi alma!

—Entonces... Ya ves que sólo mi cariño y mi pecho para defenderte es cuanto te puedo ofrecer. Mi pobreza carece de comodidades, de lecho mullido y butacas tapizadas de seda. En este agujero pobre, miserable y obscuro, que se ha llenado de luz con tu presencia, te he deseado mucho, ¡mucho! Te he deseado, con todas mis energías viriles y con toda la fuerza de mi espíritu y cuando luchaba en el mitin y en la calle por el triunfo de esa República que llega a costa de tanta sangre y de tanto sacrificio pensaba en tí, veía tus ojos, tu cuerpo, tus labios, que me animaban a proseguir la lucha y he defendido a la República defendiéndote a tí, porque tu recuerdo y tu amor me daban fuerzas y alientos para defenderla.

—Pero... he de ser tuya siendo tu prisionera.

—¡Mi prisionera! ¡No! Te quiero para mí porque tú eres la única razón de mi vida. Te quiero para mí porque tú sola llenas todo mi espíritu, pero... no he de atropellarte. Mi cariño ni es violencia ni es cobardía. Mucho te quiero, más que a mi propia vida. Mucho te deseo también, pero no he de tomarte nunca si tú me rechazas. Vete si quieres. Si te asusta mi pobreza, si no tienes bastante con mi corazón y con mi vida, ahí tienes la puerta. Sal por ella, déjame. Se apagará la luz de mi felicidad, pero... ¡bien está!... Todo antes que tu desvío, cuando mis labios puedan posarse sobre los tuyos. Ahora eres libre... Las riquezas y las comodidades de ese canalla te aguardan. ¡Vete si así lo deseas!

Carmen no despegó los labios. Un llanto amargo y silencioso corría por sus mejillas, que tan pronto hallábanse rojas como encendidas por las llamas de un secreto incendio, como tornábanse lívidas mientras que las manos estre-mecíanse agitadas por honda y secreta angustia.

Pedro apremió nervioso, sin que apenas, por la emoción, pudiera salir la voz de su garganta:

—¿Qué haces?—apremió desesperado—. ¿No te vas?... Habías creído que todo mi afán por tí no era otro que el de poseerte bárbaramente, con el deseo rastrero de ese canalla que ha pretendido robarte la honra y con ella mi alegría y mi vida... Ya ves como te has engañado. Solos estamos. Estás en mi poder, en mis manos, dentro de mi casa. Tú eres para mí el aire, la luz, la vida misma y, sin embargo... ahí tienes la puerta, no te pido que me finjas cariño si no lo sientes, yo no soy un cobarde para abusar de tu cuerpo.

Carmen proseguía inmóvil y entonces Pedro se acercó a ella y tomó una de sus manos. Advirtió que temblaba y que además estaba fría, tan fría que toda su nerviosidad se apagó en el dolor de aquel sufrimiento.

—¿Por qué tiembles? ¿Por qué lloras? Responde. Contesta. Pronuncia nada más que una palabra una tan solo, para que toda esta angustia que me está asfixiando pueda trocarse en un grito de vida y de alegría.

La muchacha retiró la mano que Pedro conservaba entre las suyas y murmuró quedamente:

—Quién sabe si tu amor no durará ni un solo día más que tu entusiasmo.

—Durará toda mi vida y aun creo que después de muerto continuaré queriéndote.

—¿Quién puede asegurármelo?

—Mis ojos, que son el espejo de mi alma, mi nobleza, que te deja la puerta franca cuando mi egoísmo y mi condición de hombre podría dominarte.

—¿Y no me dejarás nunca? ¿Nunca?

—Pedro Recio hace y hará siempre honor a su apellido. Por una idea me he jugado la vida y por tu amor, ahora y siempre la entregaría si fuera preciso. Haré cuanto quieras. Tuya será mi voluntad y tuyo mi trabajo. Mis ojos no se abrirán más que para mirarte y cuando, habiendo triunfado en la calle, cuando la revolución dé a los pobres lo que los ricos nos robaron, cuando la energía de mis brazos gane el pan que ha de sostenernos, las flores que adornarán tu pelo y el mantón dichoso que ha de envolver tu cuerpo, entonces no habrá hombre en el mundo que pueda ganarme a ser feliz, porque yo seré la criatura más dichosa de la tierra.

Carmen dejó que Pedro enlazara sus manos. Toda la desconfianza pudorosa de la enamorada íbase fundiendo en aquel fuego de amor de que los labios de Pedro estaban encendidos.

Ya deseaba también. Las angustias que había sufrido poco antes iban naufragando en el mar dichoso de una ilusión profunda y feliz que crecía por instantes e iba siendo ya superior a su voluntad, a todas las energías de su cuerpo y a todas las fuerzas emotivas de su espíritu.

Pedro apremió de nuevo.

—¿No me respondes? ¿No me oyes?

Carmen, que habíase sentado sobre una de las dos sillas que aparecían en la estancia, alzó su rostro. Las negras pupilas húmedas claváronse en el rostro de Pedro y alzándose súbitamente arrancó al obrero la llave de la puerta, arrojóla sobre el pavimento, y en un movimiento impulsivo y dominador, ciñó con sus brazos el cuello de Pedro Recio, mientras exclamaba:

—¡Contigo! ¡Contigo siempre! ¡Para toda mi vida!

Un segundo después el primer beso de pasión absoluta unía los labios de los dos jóvenes y en el pobre aposento la felicidad, duña y señora, triunfaba sobre todas las cobardías.

III

EL EMISARIO

Dos días habían pasado a partir de los hechos que acabamos de relatar. Pedro Recio, cuyos compañeros de comité exigían su presencia, había tenido que abandonar la bohardilla en diferentes ocasiones para proseguir la lucha social en que se hallaba envuelto.

La joven República debatíase bajo las muchas y graves inquietudes de la nación y en las Cortes el combate de pasiones no cesaba un instante, ensombreciendo con inquietudes y amenazas el triunfo de un régimen nacido en los brazos de una monarquía agonizante.

Casi había cerrado la noche cuando Pedro Recio apareció en la bohardilla. Carmen le recibió con una sonrisa y el revolucionario, después de besar los labios de la enamorada, dejóse caer sobre una de las desvencijadas sillas.

Llegaba pensativo y apremiado por Carmen pronunció al fin:

—¡No haremos nada!... ¡Nada! ¡Es preciso derribar ese ministerio, donde todo son traiciones y reservas! Hace falta cortar algunas cabezas... ¡Severino tiene razón!

—¿Por qué no te apartas de esas luchas?—interrogó Carmen levemente.

—¿Apartarme? ¿Tú crees que yo puedo consentir que mis compañeros me crean cobarde o acaso vendido a esos canallas?

—¡No puedo tener un instante de tranquilidad! Temo tanto una venganza rastrera...

—¿De quién?

—¿No lo adivinas?

—¡Bah!—exclamó Pedro tras una sonrisa—. Aquél está bien encerrado y no puede amenazarme. Otros son los peligros... ¿Han echado al rey? ¡Bueno! ¿Y qué? No hacen más que discutir sobre quién ha de ser más o quién ha de ser menos y entre tanto el obrero, muriéndose de hambre o derramando su sangre en esa guerra fratricida y terrible.

—Pero... tú que has de ganar con todo eso. Al fin has de ser un sacrificado más.

—¡Pues... ¡por eso!... porque la sangre me hierve en las veñas, porque no debo tolerarlo, porque por algo somos hombres y debemos defender nuestro derecho!...

Carmen fué a sentarse con el rostro inclinado y en las pupilas una expresión de tristeza. Sus labios pronunciaron levemente:

—¡Paciencia, Dios mío!

Apenas había terminado de expresar estas palabras, cuando en la puerta del cuarto resonaron tres golpes acompasados, iguales.

Pedro Recio alzó el rostro sorprendido y Carmen palideció súbitamente.

—¿No esperas a nadie?—preguntó la muchacha angustiada.

—¡Nadie sabe nuestro agujero!

—Entonces...

Recio, nervioso, confiando en su energía, abrió la puerta del cuarto y un soldado apareció rígido en el umbral.

—¡Pedro Recio!

- ¡Yo soy! ¿Qué quieres?
 —Orden del general Tassara para que vengas con nosotros.
 —¿El general Tassara?
 —¡El mismo!
 —¡Un monárquico!
 —El general es tan republicano como tú y te necesita.
 —Acabemos. ¿Traes orden para detenerme?
 —Si me acompañas, no.
 —¿Y si me niego a seguirte?
 —Traigo conmigo quien me ayude para llevarte.
 Carmen, nerviosa, sujetaba el brazo derecho de Pedro Recio.
 Este quedó unos instantes indeciso, vacilando ante la resolución inmediata y precisa.

IV

EL HOMBRE NECESARIO

¿Por qué secretos caminos el refugio de Pedro Recio había llegado a ser conocido?

No es difícil adivinarlo, teniendo en cuenta la rastrera actividad de Tomás, y, como consecuencia de ella preciso será relatar brevemente los sucesos que hubieron de producirse.

Tan pronto el rastrero personaje regresó a la calle del Clavel, subió rápido la escalera de la casa donde Carmen había sido secuestrada. De antiguo y para mejor servir los caprichos de Gonzalo, guardaba una doble llave de la puerta del piso y fácil le fué, por tanto, salvar lo que parecía insuperable inconveniente.

Una vez en el pequeño vestíbulo, llegar hasta el dormitorio no resultaba tarea difícil, pero Tomás ignoraba si Gonzalo vivía y en este caso dónde se hallaba. Acudió al recurso de llamarle.

—¡Señorito Gonzalo! ¡Señorito Gonzalo!

—¡Aquí!—respondió la voz del secuestrado.

Tomás acercóse rápido a la puerta de la estancia y de un solo puntapié violentó la sencilla cerradura. Un segundo después, los dos hombres quedaron frente a frente.

El heredero salió apresuradamente de la estancia. Ni siquiera se ocupó en agradecer el servicio. Al no encontrar en el vestíbulo más que a su cómplice acercóse a él, y, despóticamente, casi sacudiéndole, interrogó:

—¡Cuenta! ¡Dime que has hecho y que has conseguido!

Tomás alzó el rostro, se apoyó sobre una pesada butaca para no caer y exclamó luego:

—Comprendí que le interesaría a su merced saber el paradero de ese granuja y...

—¿Y qué?

—Que acabo de averiguarlo.

—¿Y Carmen?

—Con él está. Se marcharon muy juntos. Apenas si el aire podía separarlos.

—¡Calla, idiota!

—Además le traigo algo muy interesante.

—¿Qué?

—El modelo de la cerradura. ¡Aquí está!... De este modo su señoría...

—¡Trae!

Gonzalo examinó el trozo de cera que Tomás le había entregado y una sonrisa suave se dibujó en sus labios.

El cómplice exclamó levemente:

—Ahora será preciso hacer la llave... y además confiarlos un poco. Su merced habrá de tener un poco de paciencia.

El heredero devolvió el molde y, lentamente, acercóse a la puerta de salida. Tomás, servilmente, siguió sus pasos.

* * *

Los rumores alarmantes acerca de las reformas radicales que se iniciaban por el nuevo régimen habían comenzado. Pocas horas hacía que Amadeo de Saboya había dejado la que fué Corte de España saliendo, al caer de la tarde, del palacio por la puerta del Príncipe y ya se hablaba insistentemente de una crisis de Gobierno. Los progresistas de Ruiz Zorrilla y aun su mismo jefe, estaban condenados. En el gabinete de tertulia del duque de Albaida hervían los comentarios y los pronósticos y mientras iban llegando noticias a cada momento más interesante en el aposento inmediato el padre Amador y el general Tassara dialogaban con voz tan queda que apens podí aescucharse.

—Piénselo mucho, general—decía el habilidoso clérigo, haciendo más resbaladiza la pendiente para su interlocutor.

—Está pensado. La solución para España será don Carlos irremediablemente.

—Me parece muy atrevida la especie.

—¿Y por qué, padre Amador? ¿Acaso no ha empezado ya el desfile?

—La figura de usted...

—Hay que jugar el todo por el todo. Un tercio completo de la Guardia Civil se ha pasado a la facción. Esto es cosa liquidada, padre Amador.

Las pupilas del cura rebrillaron como dos ascuas y sin alzar el rostro, pronunció:

—Eso es grave, general. No lo sabía...

—Y tan grave. ¡Ah! Si yo contara con elementos populares. Un hombre que fuera capaz de arrastrar al pueblo...

—¡Un momento!... Sepamos antes si está usted decidido.

—¡Sin duda!

—Entonces... Acaso yo pudiera proporcionarle ese elemento.

—¡Usted!

—Ya lo creo... ¡Y de mucha valía!

—¿Quién?

—¿Quiere usted aguardarme un instante?

Antes que el general respondiera, el padre Amador perdióse tras grueso y rojo cortinón de terciopelo y en la sombra halló a Gonzalo de Togores. Ambos debían esperar aquella entrevista porque el clérigo preguntó resueltamente:

—¿Tienes ya la llave?

—Acaba de traerla. Tomás.

—¡Bien! Dentro de una hora tendrás el camino libre.

Tras aquellas palabras que Gonzalo escuchó con profunda alegría, el clé-

rigo regresó a donde el general le esperaba. Apoyó las pálidas manos sobre el respaldo de una butaca y exclamó decidido:

—¿Le convendría Pedro Recio?

Tassara sorprendido, se alzó de la butaca.

—¡Pedro Recio!

—Mandé a buscarle. Yo le daré la dirección al ordenanza.

—Pero... ¡Bah!... ¡Imposible!

—¡No hay nada imposible bajo el cielo!

—Así... ¿Usted cree que aceptará?

—Lo supongo.

—¿Y si no aceptara?

—Aceptará forzosamente.

—¿Garantías?

—¡Ah!... Eso, general, es cosa mía. Yo le aseguro que Pedro Recio le ayudará o...

Los labios del clérigo temblaron y en el temblor se ahogó la frase.

Tassara, atento solamente a sus deseos, agitó una campanilla de plata y, un segundo después, un ordenanza militar apareció en el umbral de la estancia.

—Hay que buscar a un hombre y traerlo sin ningún género de excusa.

—¿Nombre?

—¡Pedro Recio!

El ordenanza palideció visiblemente. Se repuso y preguntó de nuevo:

—¿Lugar donde puede hallarse?

—El padre Amador te dará instrucciones.

Y mientras en el gabinete de tertulia del palacio proseguían los enardecidos comentarios, el clérigo y el ordenanza salieron juntos del callado aposento.

* * *

Desalentada, muerta de temor y de angustia quedó Carmen en su pobre cuarto, cuando Pedro Recio, obedeciendo al fin la orden, atravesó el umbral.

Había pasado cerca de una hora. La muchacha, obsesionada, no lo advirtió. Despertó de pronto. En la cerradura de la puerta hacían funcionar una llave. ¿Quién?... Carmen tenía entre las manos la única que poseían. La inquietud la hizo saltar de la silla apresuradamente.

¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

LA NOVELA INFANTIL

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- ROB-BOY, EL ESCOCES INVENCIBLE.—17 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL HOMBRE DE LA MASCARA DE HIERRO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORAZON DE LEON, EL REY AVENTURERO.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MONTBARTS, EL PIRATA JUSTICIERO.—29 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DICK TURPIN, EL AUDAZ ENMASCARADO.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM TYLER, EL REY DE LOS COW-BOYS.—21 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MANO DE HIERRO, EL ESPADACHIN INVENCIBLE.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BUFFALO BILL, EL EXTERMINADOR.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RUGGIERO, EL MISTERIOSO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KRAM, EL HIPNOTIZADOR.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
KEN MAYNARD, EL COW-BOY INVENCIBLE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BARBARROJA, LA FIERA DEL MAR.—15 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SINMIEDO, EL DEMONIO DE LOS MARES.—50 cuad. a 10 cts. cuaderno.
LOS DEMONIOS DE LA SELVA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JIM BOY, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DRACK, EL REY DE LOS PIRATAS.—28 cuad., a 10 cts. cuaderno.
COLECCION DETECTIVESCA.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS DRAMAS MISTERIOSOS.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
CORTACABEZAS, EL EXPLORADOR INVENCIBLE.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DE NORTE A SUR.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL NAVARRO, EL EXTERMINADOR DE LA PRADERA.—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.
TOM MIX, EL COW-BOY INVENCIBLE.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
DIK, EL REY DE LA PRADERA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL CORREO DE LYON, O UN INOCENTE GUILLOTINADO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
AVENTURAS DEL CAPITAN RAYO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LOS CINCO INVENCIBLES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
SANSON, EL PIRATA.—22 cuad., a 10 cts. cuaderno.
PUÑO DE ACERO, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LA VIDA AVENTURERA.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.
MASCARA NEGRA, EL VENGADOR.—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BANDIDOS CELEBRES DE TOLO EL MUNDO.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
JOSE MARIA, EL REY DE SIERRA MORENA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.
EL TESORO DE LA ISLA DE FUEGO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS GRANDES AVENTURAS POR MAR.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.
BILL ROY, "El cow-boy justiciero", contra "OJO DE AGUILA", "El chacal de la pradera".—12 cuadernos, a 10 cts. cuaderno.
LOS CAMARADAS DE SATANAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.
RAFFLES, EL REY DE LOS LADRONES DE FRAC.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.
LAS CATAUMBAS DE LONDRES.—18 cuad., a 10 cts. cuaderno.
HENRY KRACK, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BLANCOS Y PIELS ROJAS.—8 cuad., a 15 cts. cuaderno.
EL DUQUE FANTASMA.—4 cuad., a 15 cts. cuaderno.
BILL BULL, EL MAS CELEBRE DETECTIVE DEL MUNDO.—8 cuad. a 30 cts. cuaderno.
CINEMATOGRAFO DE AVENTURAS.—8 cuad. a 20 cts. cuaderno.
EL CAPITAN LUCIFER.—6 cuad., a 20 cts. cuaderno.
EL AVENTURERO MILLONARIO.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

Dichas obras puede Vd adquirir las por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA